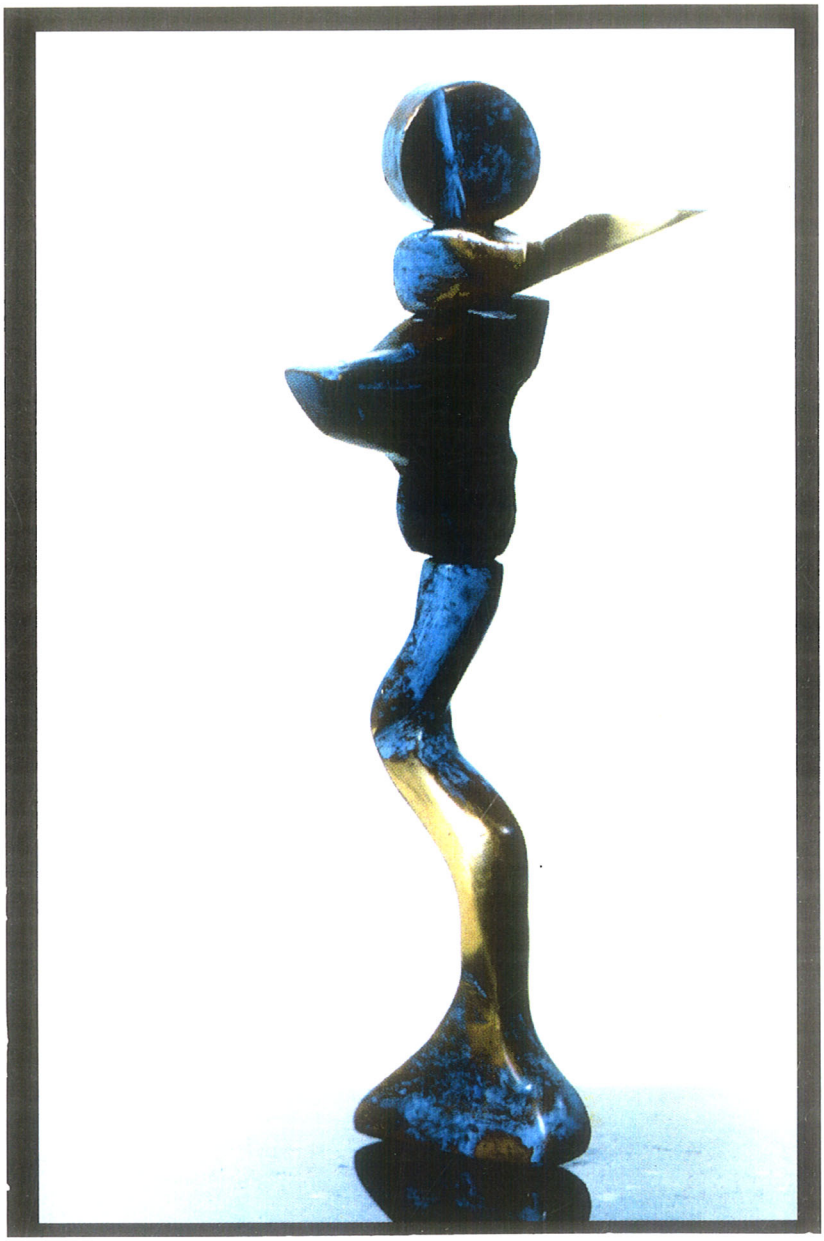
Miguel García Mackle

El Sembrador Jubiloso



Colección Ateneo de Los Teques No. 32
1998

Miguel García Mackle (Cúa, Estado Miranda, 10 de junio de 1927). Estudió primer año de Derecho en la Universidad Central de Venezuela y terminó la carrera en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1956. En la Facultad de Humanidades de esa misma Universidad realizó un Seminario Bianual de Español Superior.
Ha sido Diputado al Congreso de la República durante tres periodos consecutivos, Presidente-fundador de la Comisión Permanente de Medios de Comunicación Social de la Cámara de Diputados, y Gobernador del Estado Miranda.
Poeta, crítico y conferencista, ha publicado los siguientes libros:
- El Canto de Adán y otros poemas (1952).
El Canto de Adán tiene cinco ediciones, la última en 1997.

Miguel García Mackle

El Sembrador Jubiloso

Colección Ateneo de Los Teques, Nº 32
1998

Miguel García Mackle

El Sembrador Jubiloso

Poemas de 1951-1957

Colección Ateneo de Los Teques Nº 32
1998

EL SEMBRADOR JUBILOSO
© Miguel García Mackle
© Colección Ateneo de Los Teques
1ra edición: 1998
Levantamiento de Textos: Daniuska González
Diagramación: Virginia Torrealba
Corrección de Textos: Daniuska González
Portada: El Sembrador Jubiloso, obra de Carlos Servando García
Fotografía: Emigdio Simancas
Impresión: Editora Tercer Milenium, c.a.
Impreso en Venezuela

Ateneo de Los Teques, Av. La Hoyada, Los Teques,
Estado Miranda, Venezuela, Telf. (032) 33.09.92

Profundidades

Veo mis grandes huesos parecerse a silencios
cuando después del día se derrumban los mundos
y recorren los fuegos mi límite perdido
hasta donde las estrellas y las pequeñas realidades
me rodean, rompiendo mi profunda primavera,
sumergiéndome en las grandes cavidades de la vida,
donde el hombre solloza en sus raíces
y recoge sus viejos ídolos, su imagen nocturna,
y cae entre sus pasos más antiguos,
entre sus crecientes más puras y vitales.

Y no veo más que mi corazón,
una tormenta que me sacude todo el cuerpo
y en lo más recóndito y asombrado de la sangre
busca sus germinaciones, sus llamaradas
y el silencio infinito de los espacios.

No veo más que las tinieblas que me tocan y me unen,
los hondos sembrados de la muerte,
de donde todo viene y se dispersa
haciendo la realidad y el invierno.

No veo más que lo de arriba y lo de abajo,
mis sueños como selvas y animales,
mis huesos como soledades y murallas
donde el hombre reconoce su pasión y su sombra.

No veo más que los días y las noches de la tierra,
el trópico con su designio y su milagro,
los grandes árboles, los inmensos desafíos del mar,
las tempestades, las nubes, los incendios,
y toda la angustia que nos ilumina y nos oscurece
como un valle misterioso y abundante.

Veo mis grandes huesos, mi andanza terrestre,
los pasos que he dado al través de los siglos
llenándome de paisajes, de noches, de materias,
de infinitas purezas que me alientan
con su unánime sombra, con su fuerza.

Conjunciones Humanas

Los vientos agobiados y los cielos
de tantas noches que he sufrido,
me han traído a estos valles
en los cuales los perros sueñan
y las gentes viven de tempestades;
donde las sombras ocultan su antiguo animal
y los pájaros cantan en las penumbras
como ausentándose de las bestias que duermen.

Los senos de la tierra sosiegan mi eco,
renazco entre sus limos remotos
como la gran humedad que dejan las lluvias
en la vastedad cambiante y silenciosa.

Hay grandes misterios en esta súbita soledad,
torrentes profundos que nos alcanzan
en medio de las extensiones y los vientos,
dejándonos una materia oscura
entre líneas de paisaje y piedra.

Hay las inmensas corrientes desconocidas
que nos rodean y nos hacen;
las herencias y devastaciones antiguas
que la sangre ha pisado;
en todas las cosas dejo caer mi alma
con su vaho de hierba fantástica,
con su transparencia de lluvia
como una nostalgia, como un deseo
que se hunde en la luz que cae
cuando las montañas parecen ocultar
las orillas grises del día.

Vengo con solicitud y contemplación,
aunque conozco de antes los caminos
y los pinto con devoción y profundidad;
vengo a quedar en el fondo de todo esto,
a permanecer aquí con mi muerte
rodeada del tiempo amigo que la busca
y de oscuros sucesos, de infinitos
que nos derraman su enigma terrestre.

Tiniebla

Para saber cómo la tristeza
es un doloroso secreto del hombre
con el cual vuelve a ser profundamente antiguo,
mi espíritu tiene
un silencio como pugna salvaje
y mis pasos de amistad hacia el mundo
solamente son para llegar
al mar y reunir piedras como recuerdo.

Estío

Yo conozco todo esto,
el desamparo cálido
y la pujanza libre del venado.

En esta curva material de la vida,
los ásperos golpes
del verano y su tráfago lento y fatigoso
barren ya las praderas y yo soy en cierta forma
el fuego y su muerte salvaje repite en mi corazón
el ansia tempestuosa del invierno.

Mientras tanto flotan
en su madera infinita los asombros de la tierra,
este vasto cuerpo con el designio
ardiente de los días y su enigma
de pájaros y briznas como estrellas.

Mientras tanto los ríos y su caliente arena
en guerra con la sedienta raza del ganado
y como siete fuerzas vírgenes de diálogo
las llamas que suben por la cuesta mordiendo
la paja seca y dominando la suerte del reptil.

Luego esta red oscura donde el hombre reune
sus raíces y es como si de él mismo
brotara inevitablemente una ola quemante
que le agosta la tierra.

Espíritu del clima

El clima de esta tierra es como mi propia sombra,
una red insondable tendida sobre el valle
con el hondo secreto invernal de los días.

Yo soy el aventurado de esta vasta belleza,
el que recibe el mandato de sus montañas
y pisa los despojos verdes en que se anida la muerte
sembrando sus semillas rojas
y labrando los tiempos.

Mi alma se extiende sobre la tierra como la hierba húmeda,
deambula por los solitarios caminos,
asiste al crecimiento de los árboles,
resume la caída de las hojas
y el viento frío de la noche,
y de sombra en sombra arroja su tiniebla perseverante,
su corriente proscripta y apasionada.

Soy en verdad frondoso y límpido,
como el amparo vegetal y los ríos
que llenan estos valles,
así el bautismo de la soledad
cuando rodea los frutos
de un mineral crepúsculo salvaje;
aquí estoy pues entre los silencios espaciales,
con el asombro que dejaron las razas
yacente en las antiguas vestiduras del tiempo.

Vengo a decir las cosas con el lenguaje de este dominio,
hechizado y ardiente,
y en verdad el clima de estas vírgenes
excusas de la muerte
me derrama en golpes de invierno
sobre las gentes y los campos;
vengo henchido de estas hondas sucesiones sin tregua,
de esta luz germinal
y de estas fértiles praderas,
en donde la lluvia encuentra la materia desnuda
y el destino del hombre es una raíz inasible
entre los misterios de estas grávidas vastedades.

Mística de la tierra

En el momento en que las estaciones cuajan sus entregas
y las tinieblas del maíz regresan de la tierra
madurando mazorcas bajo el sol de los trópicos,
yo voy por los atajos con mis pasos a oscuras
e infinitamente humano siento correr mi sangre
y encuentro que los caminos son siempre distintos
y otros los vientos y la faz de los cielos cambiante,
como si reinara por todas partes un movimiento de agua
y los silencios de la vida fueran olas ocultas
que constantemente estuvieran llenando y vaciando la muerte.

¡Oh! misteriosa fuerza de este cuerpo que celebro,
de esta materia, de esta sombra y este sonido eternos,
hacedme alumbrar mi canto en un segundo de gran belleza,
concededme el éxtasis profundo de la tierra,
para hundirme y saciarme en su ser,
para crecer y empequeñecerme en sus profundidades
y brotar y perderme en su extensa superficie.

Dejadme vivir adentro y afuera el segundo maravilloso.

¡Oh! poderosa cuenca de la noche y el día
donde la muerte acude y siembra talismanes
hundiendo sus raíces mágicas en las soledades.

Insistencia vital

Y después de mi vida defenderé mi muerte,
repartido en el clima tropical de los valles
como la sed en el cuerpo vegetal de la tierra.

Levantaré mis huesos hacia los grandes espacios
como queriendo crecer hacia el infinito
con toda esta fuerza poderosa del hombre
vertida en tantos siglos de amor para la vida.

Defenderé mi muerte, no querré estar olvidado allí,
bajo la tierra cuya ancha superficie es mi morada,
cuyos caminos ando descalzo, alegre, satisfecho,
y en donde las sombras de la noche me han dado amor y sueños.

Seguiré cantando lo que siempre ha preferido mi canto,
pues mi memoria será un tributo de voz para la vida,
para el esplendor y el misterio que nos rodea de rumores,
mientras el viento parece pregonar la estación en los árboles;
mi silencio defenderá mi muerte, cantará el nuevo fruto,
celebrará la lluvia cayendo en las praderas y los valles,
pues mis amigos no podrán olvidar mi devoción terrestre,
encontrarán mi sombra sentada sobre las piedras
con las noticias más frescas del agua en la comarca
y la infinita alegría de ver crecer las siembras y el ganado.

Nadie podrá olvidar que llevo mi sangre a los grandes ríos
para verla abundar en corrientes de impetuosa ternura
más allá de mi vida, más allá del crepúsculo.

Nadie podrá olvidar que mis pies se hunden en los surcos
pisando en lo más hondo las raíces oscuras de mis sueños.

Nadie podrá olvidar mi voz, nadie podrá olvidar mi silencio,
y yo defenderé mi muerte, defenderé mi vida,
despierto en el tiempo eterno de la materia
y en la memoria de mi amor que está sembrado en todo.

Las fuerzas oscuras

El viento y la lluvia están entre mi silencio
y alrededor mío todo tiene afinidades
violetas como si algo aguardara mi muerte
en lo más oculto de la tierra que hay en mí.

¡Ah! extravío de los tatuajes hondamente
en mi sangre,
¡Ah! regreso impetuoso del espíritu
a las grandes empresas del mar,
¡Ah! heroicas hazañas de la flecha y el curare
en los raros recuerdos del ausente.

Cuando sucede esta cosa que me llena de misteriosa fuerza
y me reune tal vez insólitamente con las secretas
materias del pasado, heme aquí en consecuencia
dispuesto a defender mis sombras dolorosas,
mis viejas razones donde nunca las realidades
serán visibles para el discurso.

Después de todo vengo
de pisar en Tierra Firme (donde he sido
amasado con su barro y su agua)
y soy el más rudo leñador que regresa al caer
la noche dejando atrás enmarañada su vida
en la enorme enredadera animal de la montaña;
soy el de los caminos,
el que ha venido acompañando sus pies
como el puma a su piel,
ignorando el destino que avanza hacia la muerte;
soy el de los orígenes vitales,
el de los silencios que llegan a mi alma

como si grandes rebaños
y frescas soledades bajo los árboles
me descubrieran desnudo
y me rodearan de respiraciones
y de sombras,
anunciando entre cuentos
y consejas esta antigua fundación del espíritu,
donde prefiero simplemente callar y sentir
las cosas de la tierra.

Elementos de la tierra

Estas mismas praderas
con su vaho de oscura fundación;
este mismo zarpazo animal que brota de la tierra
y las grávidas sombras del petróleo
perdidas en la soledad de los tiempos,
insomnes ramas terciarias de la muerte.
Este oscuro pasto del corazón
el silencio salvaje
las grandes montañas que,
en tanto, nos desnudan sus olas;
y los reflejos del asombro en los ríos
el soplo de los vientos
la robusta corteza
que se incendia y se inunda
del Arauca al Apure,
del Meta al Orinoco.
Este canaima ciego,
guadaña verde de la tierra
que siega en lo profundo
y desata tormentas
y desborda las furias
como en la noche inicial y creciente de la vida.
Este misterio hundido de reinos y de tribus
y esta voz antigua que es simiente, penumbra,
cuchillo de sangre
y herida sombra en llamas.
Este violento aroma de los valles
y esta misma corriente de los días
este descenso de la lluvia
y esta misma belleza
de las bestias y las siembras,

de los mundos que fluyen,
de los pájaros,
de las aguas y el fuego.
Esta misma rugiente latitud,
esta primaria urgencia
del invierno y el mar,
y esta lejana aurora de la selva
con serpientes y dioses
más allá de la noche que cae sobre el hombre
poblándolo de esferas y secretos,
y este mismo sonido prodigioso del trópico
que nos llena
de extrañas resonancias y sueños animales.
Esta misma frescura primitiva
de la vida y la muerte,
es lo que me descubre,
lo que anuncia y dispersa mi ser
y me rodea de pasos,
de silencios,
de vuelos
y de sombras.

Forasteros

Habéis llegado temprano, forasteros:
el río lleva todavía el agua fresca
y las mujeres vienen con grandes bateas
sobre sus cabezas para lavar la ropa,
pisando en la arena menuda
y húmeda con sus pies descalzos.

Veréis los pacíficos animales del valle
pasar tranquilamente como uno de vosotros
y de cuando en vez detenerse
sin temor ni sobresalto para morder
la hierba ribereña o beber el agua clara.

Os encantarán las aves de variados
colores y las grandes sombras de los árboles
acogedoras os invitarán a guarecerse bajo ellas,
y así podréis contemplar con hondo silencio,
con admiración y deleite esta vasta
belleza de la tierra que nos llena
de sonoras claridades, de vigorosas
fuerzas que el tiempo solemne no molesta.

Os debo hablar también de la corriente ignota
que atestigua la vida y la defiende
en la profundidad de la tierra,
pues ella cruza incesante bajo las siembras
y alimenta así mismo la empinada montaña
y luego por dondequiera existe el rumoroso
aliento de la vida y luego es esta gruesa
verdad que va rodando con su propio misterio,
hasta volver a la honda noche en cuya red
recoge la muerte las tormentas y los sueños.

Habéis llegado, forasteros, a hora temprana
y podéis ver las cosas con la primera luz
y oír la voz que va delante de la recua
abriendo la flor del tiempo para los asnos.

Veréis la extensa flora y creeréis,
cuando se enrede el viento en ella,
que vuestra alma está allí,
una primavera vertiginosa,
transparente en el agua y espesa
en la verde maraña de los árboles;
sentiréis que todo esto os pertenece
como algo muy propio y eterno del hombre,
su más pura realidad
y su más triunfal esperanza.

Creeréis haber tenido desde siempre
este mismo destino, tan inmenso y sonoro
como el que habéis conocido hoy en esta tierra;
y yo os digo que no hay poca razón
en esta grandiosa verdad de nuestro espíritu:
misterio de esta luz, fundación de esta sombra,
impulso de esta fuerza que brota
de la tierra y se reparte entre todo lo existente,
entre estos hilos oscuros que la vida teje
alrededor del hombre para atarlo a la muerte.

Meditación y sueño

Yo he dejado mis ropas sin huésped,
con un gozo desnudo que me descubre el mar
frente a las tierras abiertas del trópico
cuando mi corazón sensual y nostálgico flamea.

He seguido sin ellas, para que la brisa y el sol
sequen libremente mi sudor ante el infinito,
como a cualquiera otro animal robusto y sano;
entonces, mientras las olas alarman las orillas
y se desvanecen dulcemente sobre la playa,
siento mi cuerpo regresar al océano,
hasta donde el silencio es arraigado oscuro
y vientre estremecido de violencias,
en medio de cuantiosa ternura abismal.

Es maravilloso estar sobre la tierra
y bajo el cielo que la cubre por entero de nubes,
con el ánimo simple y salvaje de los tiempos pasados,
gozando de la frescura del mar
y del clima benigno de las montañas,
corriendo por los valles y cantando
la grandeza vital que nos reune.

Nada es más puro que la paz terrenal del hombre,
la paz llena de animales, de fogatas, de besos,
la paz que admita la vida sin reservas
y que la goce y la exalte sencillamente
como el logro de una gran cosecha.

Nada es más humano que vivir junto a todo
como si de uno mismo se desprendiera el tiempo
llenando las edades y los sueños,
como si nuestro cuerpo creciera en cada árbol
y nuestra voz no fuera sino un largo sonido
del viento y de la lluvia, de la selva y el mar.

Aquí estoy despierto, entre el aire y la luz,
desatado de mí mismo como un caudaloso río
y hundido al mismo tiempo en mi sangre,
rasgando mi propio corazón profundamente
raíz que va hacia adentro del surco,
aferrándose al hondo secreto de la vida.

Hacia arriba me abrazo al firmamento,
me pierdo en grandes círculos de espacio
y mi desnudez se ilumina de estrellas y de fuegos;
y hacia abajo el seno de la tierra me acoge
y los jugos que resume la siembra
y las estaciones que revelan las cosas del tiempo,
llenan la vastedad de mis sentidos
con una generosa abundancia vital.

Yo me arrojo en la extensión infinita que me rodea
y me borro en ella con furor y dulzura,
en ese instante soy como la ola poderosa del mar
que regresa al océano creciendo y entregándose
a la inmensidad azul y lejana de la tierra.

Afirmaciones del espíritu

Todos los viajeros del mundo llaman hoy a mi puerta,
tocan hoy a mi puerta y hacen vibrar mi casa,
con los golpes más suaves, las piedras más amigas;
vienen desde lejanas latitudes perdidas,
reviven de los tiempos difusivos
que flotan en las grises oquedades del día
y llaman a mi puerta
para buscar su canto en mi morada,
pero yo no tengo sino un solo canto,
no tengo sino una sola casa y una sola alegría,
una casa sin llaves, para las bestias y los hombres,
los vientos y los pájaros, las aguas y las sombras,
y una humana alegría que desborda mi sangre
hasta los últimos confines de la tierra.

Mi casa permanece abierta a toda hora,
por eso nada es extraño en ella,
no hay murallas que encierren soledad en su belleza
ni paz que no la llene de siembras y sonidos,
y así mismo es mi canto, mi voz que dice lo desnudo,
mi corazón despierto paso a paso en la tierra.

Sólo esta hondura vital hace mis sueños
y allí es fresca y eterna la huella de lo humano
que alumbra los caminos en mitad de la noche.

Mi canto no puede dividirse para el hombre
porque es una entrega generosa de todo
y cada quien recibe mi sangre y mi palabra
en una leyenda de amor para la vida.

Cuando yo muera será aún como una tempestad,
inundará los campos, hará crecer los ríos,
poblará de colores los valles en abril
y vertirá en las noches campestres el silencio
fecundo del amor, entre los árboles;
el viento girará hasta la montaña
repartiendo en las sombras el júbilo del tiempo.

Nada quedará olvidado, nada será descartado en él,
los animales, las flores, las aguas del mar,
las largas travesías que anotamos ayer,
las realidades y los sueños, las angustias y las luchas,
todo tiene en mi canto un lugar,
cada cosa es en él una célula viva,
un tamaño que espiga humanamente su estatura,
una brasa que alienta su llama infinita.

Yo hablo de mi canto y digo "mi canto",
pero en verdad no es mío, no me pertenece,
yo solamente me hundo en su cuenca luminosa
y escojo allí lo mejor de la vida, lo más puro,
lo que más representa al hombre y a la tierra,
y luego escribo, luego mis venas vacían su sangre
y el canto crece con sencillez de siembra,
y en él crece mi vida, como la hoja en el árbol,
pequeña y silenciosa, incesante y mortal.

Consistencia del hombre

De todo lo que veo canto mis propios pasos,
sus poderosas huellas,
el círculo infinito de su cuerpo,
pues los caminos están a mi derecha y a mi izquierda
y por doquiera encuentro mis pies marcados vivamente,
parece suscitarse mi espíritu
y girar con las prístinas aspas de la sangre.

Por eso la invitación que traigo es para amar la tierra
y defender el hombre, que es su fuerza incesante
y algo así como una espiga de fuego contra la sombra,
por eso también es mi canto como la vida
y celebra con entusiasmo la llenura del vientre
y la abundancia que la siembra generosa nos ofrece;
por eso con regocijo de salud y esperanza
invito a celebrar la salida del sol
y las cosas más sencillas y cotidianas,
y por eso estoy aquí y mi alegría me descubre
cuando la hondura de mi amor se difunde en la sangre
y mi voz se escucha crecer en medio de las lluvias
y sonar como la sombra en el centro del mar.

Estoy aquí para traer las invitaciones de mi espíritu,
y entregarlas con los pasos de mis pies
en todos los suburbios, en todos los caminos
donde la paz levante su hoguera para el sueño.

Estoy aquí y también estoy más allá con mi emoción,
quiero encender una lámpara en la casa desconocida
y seguir esparciendo mi llama por la tierra
como si en realidad tuviera la mesiánica misión
de encender la luz que ilumina los días.
Quiero que el hombre cante la verdad y el amor,
que su voz no se engañe frente al hambre y la sed,
y su alma no espante la esperanza jamás
ni destruya su honda transparencia vital.

De todo lo que veo canto mis propios pasos,
canto todo lo perenne y cambiante de la vida
y todo eso está metido en mí mismo como mi propia muerte,
todo eso lo llevo de día y de noche, despierto y dormido,
y cuando canto es como si me desarrollara a mí mismo,
así nombre lo inanimado o lo animado,
así me refiera a lo de hoy o a lo de mañana,
así sueñe o describa simplemente la realidad que amo,
de todas maneras es igual, siempre son mis pasos
y mi búsqueda y mi hallazgo siempre son cosas humanas,
y siempre estoy satisfecho de hallarme en la tierra,
en medio de la certidumbre vegetal de los días.

Dialéctica de la muerte

Bajaremos a la tierra igual que las raíces
para sembrarnos en el movimiento de la vida.

Hoy contemplamos la posibilidad de la muerte,
una *turbulencia* que cae sobre el tiempo
abandonando los días habidos del amor
entre sombras que aún verán los náufragos.

Pero la muerte es algo más que un muro,
la muerte rodea los cuatro vientos de la tierra
recogiendo su cosecha de pájaros y bestias;
la muerte avanza, evadiendo misterios,
hacia la gran herida de las cosas, su tiniebla
desciende al corazón, su esencia oculta
abre las perspectivas, las vírgenes señales
de la vida extraviada en los orígenes.

La muerte no queda allí, en lo inmóvil;
la muerte sigue su *camino oscuro*,
con *un coro de sonidos salvajes*,
desde lo más profundo y lo más simple
del caos material, lo más eterno.

La muerte vuelve transformada en sangre,
en metales y lluvias, en la niebla
de la noche hacia el mar, allá, a lo lejos;
y vemos que la vida se defiende siempre
muriendo y reviviendo, con geológica fuerza;
vemos todo los días estas grandes realidades
conjugarse en el círculo inmenso que las une.

Tierra en las venas

Al amanecer estoy armado de sonidos,
la noche laboriosa de sombras y destellos
me hundió su misteriosa rama abismal
hasta donde la sangre se riega
sobre la muerte
como una gran muralla de vientos en el mar.

Al amanecer se aferra mi raíz a la vida,
ahonda las tierras y los tiempos
con su poderoso triunfo de fuerzas y de sueños;
fluyen en mí las corrientes del día
con todo su ofrecimiento de colores y huellas,
todo eso prodigiosamente cierto,
todo lo que nace
y crece conmigo
en medio de esta vasta realidad descubierta.

Aquí estoy para cantar
y explorar lo humano en el espacio y el tiempo,
en las cuencas oscuras donde la vida
pisa los pasos de la muerte.

Aquí estoy para cantar
y atribuirme también lo primero
y lo último,
lo grande y lo pequeño
como consecuencias de mi impulso vital,
y a su vez mi sangre me dice
que viene de muy antiguas procedencias
con su enigma
y su memoria de tristeza

y una manera de soñar que es
un relámpago que ilumina
las noches del trópico
y el insomne corazón de esta tierra.

Mi sangre enciende sus densidades,
reminiscencias en el alba de los tepuyes
con la preeminencia suicida de las cataratas
y cuando caen los rostros
de sus viejos dioses vencidos,
sólo hallo amparo
en la melancolía que inventa sus propios mitos
y en el sombrío silencio del hombre en sus aldeas.

Amo y canto
lo que en mí avanza de las tinieblas
y de la honda memoria de los tiempos
y hay un recobrado ímpetu
en esa luz maravillosa y oscura
que rompe mi corteza nocturna
haciendo espigar sabidurías olvidadas.

Amo esta inmensa tierra de mis sueños
y canto sus raíces, desde las cenizas
del tiempo hasta las refulgencias del vacío,
para defender la rosa emergente de la vida.

La sembradora

¡Oh, hijo de la tierra!
Somos una cosa viva, llena de centelleos imprevistos
que alumbran en nosotros desnudeces profundas;
en el fondo no hacemos más que renacer
sobre lo que muere segundo a segundo inevitablemente;
podemos decir que somos una cosa viva,
que está asomada siempre a la muerte,
donde el tiempo transparenta su rostro
como en una clepsidra silenciosa.

Yo digo que la muerte recoge y reparte,
como una taciturna sembradora de la vida.

¿Y qué más podría decir yo de ella,
si sé que es ella la que arroja la simiente
y siega las espigas y los sueños?

El varón

Yo soy el varón necesario
en las noches crujientes que parten mi desnudo;
removido por hogueras de aves
y círculos urgentes de semillas.

Apoyado en mi animal insomne,
en mi impetuosa carga de origen,
largo mi sangre espantosa,
rescato el poderío en que me fundo,
me salgo de este cuerno primaveral y fructífero
y en vivientes reservas me alimento de refugio,
de ciertos deseos como vegetaciones sombrías,
de ciertas venas por donde el hombre
circula como un material oscuro.

Estaciones y sueños

La aridez de los días me hace recordar tristemente
y ese dolor seco es la causa de mi sombra
y la forma de mi ser nostálgico que sueña;
entonces, fuera de mi establecimiento,
acierto algunos rumores de otro mundo,
la vaga extensión de una tierra desconocida
en que los lagartos fecundan bajo la lluvia
y el color de los días viene de grandes humedades
con un profundo sonido vegetal desvirtuando los límites.

Después pienso en algo remoto, en antiguas aleluyas
para los pájaros, las cosechas y las bestias,
en una canción cuya espiga mágica viene
de perdidos bosques pero que aún en la soledad de la vida
oiremos continuamente, una letanía
de las razas queriendo aplacar
la furia de sus dioses sembrando la tierra.

¡Ah! inmensa soledad de los tiempos,
ilumina mi espíritu, lléname
de tu profunda fuerza,
de tus grandes rumores,
ahora que siento la vida en un silencio que me eleva,
y me seduce simplemente el infinito,
la tempestad, el secreto de mi casa;
ahora que en la calle se escucha rodar la inquietud humana,
mientras yo escribo entre grandes racimos silvestres;
ahora que las montañas me llenan de magnífico océano
y los ríos arrastran sus aguas, su fresca raza,
ahora mismo, ¡Oh! corriente ignota de los tiempos,
lléname, despiértame, inúndame

con tu misterio, como si mañana
las tribus fueran a volver
con su primavera del mundo
extendida sobre una red de sombras para los dioses.

Realidad de la sombra

Busco los valles socavados del séptimo día,
en los cuales mis huesos se llenaron de sombra
y los ramajes de mi sangre crecieron como asombros
y mi profunda muerte derramó sus oscuras vendimias.

Busco el temblor animal de la soledad
y la destrucción nocturna y húmeda del paraíso:
allí somos aún la raíz sedienta,
la semilla enterrada entre los viñedos,
tenso sonido nocturno, infinito augurio,
rama de viento recogida en los grandes ríos.

Busco el misterio de la vida,
la enredadera
en que la soledad
es una inmensa vegetación
que los relámpagos iluminan y vacían.

Porque yo vengo de una edad de espesuras y silencios
y me avivo en la materia eterna de la creación;
vengo de todos los parajes,
de todas las minas,
con el hondo sonido de los primeros enigmas;
ignoro mi eco entre las faunas y las floras,
pero mi reflejo material es magnífico y puro,
mi crecimiento es un hechizo de la tierra
que me llena con sus espacios y sus tiempos
y me hunde y me dispersa en su vasto cuerpo.

Busco las furias y las soledades que rodean mi sangre,
los valles en donde mi leyenda es una tempestad
y en los que mi muerte me espera entre grandes follajes
para hundirme en el poderoso silencio de la tierra.

Me busco entre las espesas tinieblas de la vida
para extender mis fundaciones de sombra,
y volver con mis huesos
y mi fuerza
al séptimo día,
a la substancia invernal y oscura.

Corrientes humanas

Voy por la vida igual que si mi sombra caminara,
y con mis soledades sigo ciertamente en silencio,
buceo con ellas en las tardes brumosas del invierno,
cuando el mar de los días vierte sobre la tierra
crepúsculos bermejos que sangran mi nostalgia.

¿Qué es, entonces, esta forestal melancolía
que despierta mi ternura en una sonámbula luciérnaga?

Las tinieblas en que se derrama mi sangre
descubren la primavera profunda de mis pasos,
estoy encerrado entre los muros cárdenos de mi corazón
y mi tristeza es sólo una siembra de penumbras antiguas.

Estoy sujeto más bien a lo que antes era mi alma,
pescadora de arcoiris en los ramajes grises de la lluvia.

Hubo quienes fundaron las ciudades de piedra
y vivieron frente a los ídolos
buscando el secreto del tiempo
en la corriente roja de la vida y de la muerte,
y yo encuentro que esto me acomete y me sorprende,
pues el mundo sopla entonces hacia los siglos
y mi corazón se ensancha
rompiendo la hondura de su raza
con una fuerza oscura que remueve mis sueños.

Yo soy apenas un rumor que ama las estrellas,
el viento sonoro que sacude lo nocturno del trópico
y la agreste soledad de los valles al amanecer.

Pero es verdad también que mi voz es extensa
y cubre la tierra de punto en punto, insomne,
delirante, ardorosa, en medio del contorno alucinante
que la maravilla y la despierta
con la poderosa realidad de la vida;
en verdad yo ando con mi muerte,
un sonido antiguo, una cascada
de raíces flotando como espumas,
y en verdad también mi canto es el hombre
con todos los recuerdos del amor y la guerra.

Y toda mi verdad es una jornada nostálgica,
penumbra del espíritu, humedad de sangre;
toda mi verdad está en los sentidos, en los huesos,
y cuando los espacios la llaman,
cuando los confines la preguntan,
mi espesura vegetal se pierde entre la bruma
en lo más fluvial y lento de lo humano.

Mi vida corre entonces, se difunde en ella misma,
porque todo este ámbito sonoro que la rodea es ella misma
y la huella que me habla de la muerte es ella misma
y ella misma también es el rostro del hombre
que perdido en los siglos sobrevive entre enigmas,
y la melancolía de mi vida es una fuerza fecunda,
una herida en cuya sangre se agiganta la tierra
y se descubre el mundo desnudo de ella misma.

El alma

Buscaba un lugar extenso donde ver pacer las bestias,
mientras la tarde gris descendiera armoniosamente
sobre el paisaje a cuyos árboles regresaran los pájaros,
y me quedé extasiado en algún punto de la soledad,
volviendo a la sombra pagana de los antepasados
con la mitad del alma enmarañada en la melancolía
y la otra mitad asaltada de váquiros salvajes.

¡Oh! fuerza generosa de la tierra, salvadme,
salvadme esta oscura virtud que me acompaña,
este rayo de amor por cuyo fuego
mi canto no halla voz sino en la sangre.

El que viene

Desde el fondo de los siglos,
de la tierra,
del alma,
se desnuda mi vida,
se desborda mi luz y mi tiniebla;
yo soy el que viene
como si jamás fuera a concluir su viaje
y los sueños, el amor y las fuerzas que disfruta
se los hubiesen entregado para el hombre,
para sembrarlos a la vista de todos,
un triunfo infinito del espíritu,
del eco inmenso que nos difunde y nos rodea,
un salvaje parto,
una rama de asombro vital.

Yo amo mi tempestuosa condición humana,
amo la terrestre abundancia de mis ideas,
amo la victoriosa hondura de mi alma,
y repito que yo soy el que viene
de los enigmas más bellos de la existencia,
del material profundo que la vida
ha hundido en las minas secretas y súbitas del hombre
para sembrarlo a la vista de todos,
un triunfo infinito del espíritu,
del eco inmenso que nos difunde y nos rodea,
salvaje parto,
rama de asombro vital.

Juntando elementos

No hay un rayo de luz en el espacio
y sin embargo mi espíritu se ilumina,
estalla su piedra fugitiva en el agua.

La sombra basta, el viento de la noche
basta con su infinita enredadera libre,
para desvincularme y repartirme
como un grito vacío en el mar,
hasta que mi corazón vuelve
a los primarios fuegos de la tierra,
a las profundas olas de la vida;
allí donde la lluvia y el torrente
se precipitan, sin apagar la llama
que atrinchera el origen, sin disminuirla aún;
allí donde se conjugan los elementos,
donde la muerte es un río que riega
sementeras de estrellas y de faunas.

Entonces me encuentro rodeado de agua
y centelleo, soy el que viene por la montaña
descargando su fuerza, el que
llega frente al mar con invenciones,
el que deambula bajo la tempestad
sin otro fin humano que el invierno.

Soy el que recorre la noche, el que regresa
hasta la red en que la sangre anuda
al tiempo la raíz de todo sueño;
soy el que desgaja sus huesos en ramas
de verdura frutal, el que procura
que la tierra perdure, huyendo,
distanciándose de sí misma, un vuelo
material, una inmensa nube
en que el mar y la selva se prodigan
con robusto sonido, hasta la entrada
donde la muerte desembarca espumas.

Soy el que rinde tributo a la escamada sombra
del agua, atada a la tempestad como una bestia
cuya muralla animal rompe la lluvia;
soy, en fin, el que reune las cosechas
nocturnas, el que violenta los productos
que la vida primitiva desvanece en el tiempo;
soy el que ara las venas, el que siembra
las fuerzas oscuras del origen, el profundo,
el creciente, el sombrío, el desigual.

El cuento

Las voces antiguas
han vuelto a ser mi voz sobre la tierra
y soy infinitamente sonoro
como el viento al través de los valles.
Aquí me tenéis tal vez para siempre,
un leñador que al punto de la sombra
regresa de las grandes montañas, satisfecho,
alegre de venir por su viejo camino
y de conocer todos los ríos
y todos los árboles de la región
como sus propias manos.

He pisado sobre la tierra
para oír el sonido de la vida,
y sobre la tierra
el cuerpo mío y el de mi compañera
han sembrado la sangre en esta hondura abierta
y la han sentido crecer con humano esplendor
en una gran llamarada de los tiempos.

Yo soy el que ha llamado
a la puerta de las casas desconocidas
y las ha llenado de lluvia y de sol,
en las tardes silenciosas y largas,
junto a las viejas cosas abandonadas,
donde tal vez antiguos habitantes
dejaron cantar los pájaros.

Yo soy también
el que ha dejado libres sus animales
en un acto semejante al amor y a la locura
y el que ha visto caer el invierno
y despuntar la luz del día
y crecer las sombras de la noche en el campo,
para cantar después alegre y lleno de sueños
la belleza incomparable de la tierra,
la inmensidad del cielo y la fecunda
humedad de la siembra en los ejidos.

Soy la voz antigua que regresa y encuentra su morada
y entra en ella para comenzar su largo cuento,
aquí estaré para decir cuáles son
los grandes mitos del hombre,
cómo la tierra se halla metida
en sus creaciones, en sus ídolos,
y de qué manera
una sola unidad muere y renace constantemente.

Os contaré todo con el sentido profundo de la vida,
como si tuviera que vivirlo nuevamente ahora mismo,
con el vigor elemental de la savia en el árbol,
pues no hay cosa más bella y eterna que la vida
ni nada más sencillo y grande que mi cuento.

Poesía

Y es que yo he llegado sin saludo,
soy un lento aldeano con sus frutos,
sus verduras, sus granos
y su invención del mundo en el silencio.

Y vengo cual si regresara para cantar,
cual si mi objeto fuese solamente cantar
y celebrar la belleza de las sabanas
y aspirar el aire y seguir la tonada
de los ganaderos, sin pies, sin estaciones,
con algo de animal y de tierra,
de misterio y de espacio,
de todas estas cosas
rodeadas de noche, vertidas en el día;
vengo cual si regresara
con el viento del mar en el espíritu
para nombrar de nuevo los caminos
y volver a sembrar mis sueños y mi amor,
puedo entonces quitarme la ropa,
los zapatos, y andar desnudo,
como un desorientado
o un gran patriarca
que ama y defiende sus tierras,
sus gentes, sus bestias y su alma.

Yo he llegado infinitamente igual,
sin nada más que esta sombra,
y este invierno de pájaros
y este rostro oscuro de cosecha y de selva.

Yo he llegado, compañero, hermano mío,
por las montañas y los ríos,
y en mi llegada vierten las fuerzas del espíritu
su corriente de amor, su antigua
certidumbre de vuelos y raíces.

Lo cierto es que estoy aquí,
como un inmenso gris de océano,
de lluvia y oscurecimiento sobre el agua;
lo cierto es que mi corazón se reparte
como el maíz desgranado en los patios
y mi melancolía se siembra en los caminos
en el pasto, en las praderas,
con un poco de olor de vacada,
un poco de ausencia y de rumor
y un poco de rocío en las auroras.

He venido para reunir las edades
en una sola flor de estos parajes,
he venido a pisar sobre esta tierra
con entusiasmo, con delirio;
soy un contemplativo imperturbable,
pero mi tristeza es un extravío fecundo,
una salvaje hondura de mi vida
que ahora mismo se descubre conmigo,
abundante y profunda, extasiada
ante los paisajes y las soledades.

Esperan al sembrador

La ilusión es puro invierno,
primero reventará el sueño,
se escurrirá entre las manos,
fresco, tierno, maduro,
fruto desgajado de la vida,
tierno como un día de amor
brotado de la sangre,
anunciándose en la tierra;
y después la siembra,
horas dolientes de trabajo,
de roturar los campos,
de quitarle horas al hambre,
de iluminar la sombra
con lo más íntimo del hombre,
con su corazón y su alegría
dándole fuerza a la belleza
de ver madurar en su sitio,
lleno de sol y de lluvia,
la desnudez del sueño,
la gloria pacífica del triunfo,
la dulce y serena realidad
del agua que riega la heredad
y de la simple llama
ardiendo bondadosa en la estufa.

Es la verdad. La espera.
El sueño del sembrador:
hacer limpia la vida
y llenar los caminos
con consignas amigas;
pájaros, flores y canciones

que revelen la siembra
del espíritu en la tierra.

Todo eso invisible
es lo visible del sueño:
la honda raíz de la vida,
el verde ramaje del éxtasis,
la sanguínea madurez del fruto.

El alma es una siembra
constante de la vida,
sembramos dentro de nosotros
mismos y fuera de nosotros
y por esa siembra fluye
algo eterno del sembrador
que perdura en el tiempo
como el árbol sustentado
en la fuerza de sus raíces.

El sembrador está presente
en la sangre, en el sueño,
la angustia, la esperanza,
la alegría y el llanto;
su siembra está en todo,
sus semillas se esparcen
a todo lo largo y ancho
donde brota el destino
y revela el misterio de la vida;
el sembrador nunca está ausente
porque su cabaña es tan grande
y generosa como la tierra misma.

Estigmas

Me dicen los estigmas del verano
de un enorme animal
fugaz impalpable
y duro en el castigo
cuando golpea el rostro
y se aleja sonando hasta
nunca más
en el péndulo del insomnio.

Recojo en la penumbra
del amanecer
láminas apagadas por la ira fáunica
testimonios de sus obras
en la sequedad del tiempo.

Alguna otra experiencia
vivida en tensión desoladora
en la gran boca ausente del abismo
me llena la intimidad
de la sequía
de morfologías coincidentes
en el deseo frustrado del agua.

Sigo hablando silenciosamente
dramáticamente
con los estigmas del verano.

Realidades espirituales

He visto cómo crece todo
cómo abunda el invierno
y las flores abren en el campo
su enigmática luz, su transcurso
sobre la grávida soledad de la tierra.

He visto cómo despierta la vida desde el fondo
erigiéndose en la vasta superficie
bordándose en el mar hasta el horizonte
donde el ocaso desvanece el oleaje
y destruyéndose en las grandes tempestades
oscuras y renaciendo otra vez
con una fuerza gigantesca, fecundo impulso
perdido en los tiempos sin memoria
existencia unánime oculta en un río de sombra.

He visto cómo me rodea el movimiento
constante de la vida, las estaciones,
el murmullo profundo que recorre la tierra
transformando la muerte, su pulso cuaternario
cuajando en hondo vientre el lumínico espacio.

Yo siento que renace mi cuerpo
en este cuerpo
es un sonoro cauce desafiante
rodeado de faunas y floras
en medio de las aristas de la aurora
como en la primavera inicial
de esta trama sin fronteras
cuando en la hondura ciega
se reveló la vital promesa de lo existente,

con un color en llamas, la flor de la sangre,
bárbara ternura de la tierra
que me llena construyendo mi espíritu.

Siento que mi vida desentraña su fuerza
y mi cuerpo se difunde y reintegra
en la primera causa de mis sentidos
penetrándolo todo, resumiéndolo todo;
siento la gran raíz que hay en estas soledades
la hondura cósmica que asombra y se desplaza
en una corriente pura brotando del misterio.

¿Quién soy?

¿El emisario? ¿El soldado? ¿El espectador?
Cuando mis versos celebran el crecimiento
de la vida y cantan su hondura mineral;
cuando extienden sus ramas inmensas
con el viento sobre los valles cálidos
del Sur, rompiendo la sombra en llamaradas verdes
e iluminando la curvatura de la sangre,
mientras los sueños brotan narrando siembras
cuyas cosechas son de espigas estrelladas;
y cuando cantan el júbilo fluvial
de la alegría y muerden la madurez reciente
desgajando el amor entre el prodigio del trópico;
y cuando abren de par en par las puertas
de mi casa dejando entrar los pájaros
con su errante memoria de lejanos paisajes;
y cuando levantan su muralla salvaje
hecha con la red silvestre de la soledad,
murando de cristales profundos la materia,
¿Quién soy?
¿El emisario? ¿El soldado? ¿El espectador?

¿Qué vierte el corazón en cada canto,
en cada movimiento oscuro de la sangre?

Tengo la sed que desconoce el agua,
el deseo de plantar en esta extensa tierra
mi raíz tormentosa, mi semilla de sueños
dividida entre el mar y la selva,
confirmada por el viento y la lluvia.

Vengo juntando caminos de esta manera simple,
sembrando mi voz en la pureza
de la contemplación, en los valles,
entre grandes espumas distantes
que comienzan a caer en los reflejos
del crepúsculo y luego envuelven la vida
en una larga túnica llameante.

Y tengo que cantar
pero en estas grandes latitudes;
mi corazón no puede
sino en inmensas soledades rumorosas,
el viento, el sol de los trópicos,
el clamor metálico del verano
en las anchas llanuras,
donde la sed revierte en agua seca
y la desolada extensión es un largo viaje
de la mirada absorta,
un recorrido sin camino alguno.

Y canto las tempestades del sol y de la lluvia,
mi sangre no puede resistirse silenciosa
ante estos inmensos territorios del relámpago
y su espiga súbita se deshace en la tormenta;
no puede resistirse adentro, en mis venas,
ante esta realidad de vivos colores
donde el sol descubre la cresta vegetal
arando sombras desde la noche anterior
al deslumbramiento.

Yo tengo que desbordarme
sobre este nuevo mundo de luces y de sombras,
de vastedades cálidas y frías;
tengo que hacer mi camino, prodigarme
en cada canto, sembrarme para la eternidad.

Pero, entonces, ¿Quién soy?
¿El emisario? ¿El soldado? ¿El espectador?

¿Quién soy?

Escenas espirituales

Apenas la aurora levanta sus densas acuarelas
siento que me rodean mil sonidos distintos:
el día comienza despertando la sangre
y alimentándose de dulces elementos espaciales;
asombros como vuelos de la sombra que cae
golpeando en el silencio la sonora quietud
que guardaba la vida reiniciándose ahora,
pasan sobre las huellas de la noche.

Viene haciéndose la luz, despuntando todo;
se fraguan horizontes de metales
alucinaciones que brotan de la tierra
con los colores varios de la vida.

Parece como si el mundo nos creciera,
y nos rodeara un movimiento
de incontenibles fuerzas que se rompen
en la vuelta lumínica del tiempo.

Vuelan los pájaros, cantan en los árboles
como pequeñas frutas de alegría
que celebran la luz, que se alborozan
viendo correr las aguas cristalinas
y oyendo el viento suave entre las ramas.

Despliéganse los velos que ocultaban
la tierra, la gran raíz de todo,
el surco material de los días y las cosas,
donde la vida asume condiciones veraces,
extensas, fecundas realidades que yo canto
cuando el sol las revela, cuando labra

las tierras, que su encendido arado las prepara,
y cuando siembra las horas, cultivando
heredades que el tiempo ofrece eternas
en cuernos de frutales abundancias.

¡La aurora! Vuelvo de mi profundo desenlace
a constatar la henchida superficie,
la cosecha del sol, la ola seca
que levanta la luz sobre la tierra
con mil, innumerables aleteos
de asombros, cual verde mar de peces
que en la vegetación se precipita.

Los costados sombríos

Decir las cosas con gris, con rugosas
orillas como vetustas cortezas
de árboles en que pudieran inscribirse
las grandes cruzadas silenciosas
y donde se pueda hundir el corazón
cual una antigua hacha de las tribus.
Decir las cosas con hondos pasos,
con hondas huellas de nosotros mismos,
misteriosas y extrañas cuanto más verdaderas,
como si hubiéramos caído en la muerte
y de la muerte avanzara la sombra
de la vida, profundamente igual
a lo desconocido, a lo oscuro.
Decir las cosas con espacio y recuerdo,
con el aliento de lejanos ecos,
sintiendo que este mismo cuerpo que llevamos
viene de la noche, de los siglos,
y de quien sabe dónde con esa fuerza
atramentosa que arroja el hombre sobre la luz.

Espíritu de la lluvia

He venido para adorar la lluvia.

Cuando el día se pone de gris
antes del agua y abunda
entre los árboles la sombra
acudo a la potencia de mi origen
y cosas de mi versátil equipaje
actos de un lejano humo
transparentan este profundo viaje de retorno.

Después me hallo entre todos
jubiloso bajo la tormenta
que labra fervorosa la realidad del surco;
no hay mejor amor que el tiempo
transcurrido allí, la lluvia
vertida en las raíces
venida a siembra en agua estrepitosa
regando sementeras en la ansiedad
del labriego, colmando su alegría.

Creo en la lluvia, en el vasto silencio
de su contacto húmedo y silvestre;
creo en su antiguo rostro derramado
sobre vegetaciones y rebaños;
creo en su inmenso cuerpo repartido
en el viento, en el mar, en las comarcas
brumosas y pacíficas del sueño.

La revelación de la lluvia me extasía
su sombra fluvial dispersa mis sentidos
rodeándome de animales y súbitas mariposas
mientras mi alma grávida bajo la cascada
celeste ocurre al vuelo gris del mundo.

No me pertenezco
cuando estoy atrapado en esta sombría
boca del cielo abierta a la quimera;
ya no soy sino la salvaje soledad sin raíces
hundida sin embargo profundamente
en la tierra, en el tiempo, en la penumbra;
ya no soy sino algo más que se ausenta
la sangre despeñándose por el acaso envolvente
el viento golpeando contra grandes rocas de humedad.

No me pertenezco
ni digo las cosas simplemente
sino que ando vertido fecundamente en todo
a merced de la luz opaca de la belleza
con una prodigalidad como la propia vida
un deleite que bien puede ser mi fuerza
el gusto de recibir y repartir la lluvia
en las órbitas del hombre
más antiguas que el barro.

Cómo sucedo

He perseguido oscuros rastros,
me he perdido en la incógnita vertiente
de pueblos y tristezas,
y he buscado en mis dudas y mis vuelos
más allá de la noche,
más allá del silencio y del dominio
brumoso de la piedra y de la red.

Yo mismo quiero a veces recordar
cómo sucedo:
mi materia recíproca de dioses y sentidos,
de inmediatos humanos y éxtasis divinos,
de triunfos y derrotas,
de muro y soledad;
mi materia especialmente antigua y apasionada,
concluida en sombra,
en ceniza tal vez,
pero en realidad misteriosa y conflictiva,
pagana, diversa y única,
llena de vacíos y de pasos,
de silencios y de gritos,
cómo sigue, qué vierte, qué recoge.

Porque el hombre es un torrente de sombras creadoras,
sombras elementales, raíces
que envuelven los cuatro costados cósmicos,
pero se le escapa la tierra aún,
se le escapan las lluvias,
se le escapan las noches,
se le escapa la primitiva revelación de las cosas.

Yo quisiera saber más de esta jornada turbulenta,
gemir, por ejemplo,
en las entrañas de la gran madre nocturna,
la gran madre sin rostro,
la gran madre sin piernas y sin hombros,
oscura en el alumbramiento de su inmensa sombra,
de su ímpetu ciego
como un rugido andante,
y fundar en su cuerpo unánime y reciente,
en su sombra inicial y poderosa,
esta libre potencia de cantar y soñar.

Palabra de buzo

Travesías hay que son como bucear
en el alto aire del tiempo
haciendo hallazgos de gigantescas especies
gaseosas depredadoras de viento y ceniza
en lo que hay de profundización y vacío
en este imperativo de ausencia del exilado,
pienso yo, para no decir otra cosa
que lo razonable del expatriado
propenso siempre a lo confidencial.

Yo he llegado a creer que merecía
esta soledad después de haber sido
rebelde entre mis raíces y la luna.

Esta suerte de haber nacido en esta tierra
de América, fértil, oscura, extensa, impresionante
toda ella como un sólo camino agónico
desde cualquier punto donde el hombre
se pare a medir lejanías;
sombra elegíaca toda ella para encender
antorchas y llevarlas consigo
hasta la última chizpa como Emiliano Zapata
al caer de su caballo en la llama del mito
tierra donde haber nacido para soñar
y morir de pie en ella no es ninguna suerte.

Alguien, como yo, excusa habida,
nacido en esta ardiente tierra
está marcado por sus elementales certidumbres
y las fugaces alucinaciones
que parecen flotar en sus caminos.

Alguien, como yo, nacido para buscarse
a sí mismo, insistentemente, como si fuera otro
incisivo, oculto en el múltiple eco
de lo fugaz del destino en la tierra;
definitivamente alguien para buscar
sus raíces, palabra de buzo.

Nostalgia en los orígenes

Inmerso en lo profundo de mis pasos
recorriendo tierras antiguas en la sangre
voy rescatando el barro y el sonido
que disipan mi tiempo silencioso.

A veces, impreciso en la nostalgia,
no me reconozco claramente
pero en la sombra late el primitivo vientre
y entonces el espíritu se busca
con afán en la vasta red
palpitante de la vida
y se halla en cada expresión de la tierra
en toda esta exuberante realidad
que nos rodea de abundancia para el sueño.

Por eso enumero a veces las cosas
y otras las designo en su gran unidad
pues de cualquier forma significan mi existencia
de cualquier forma envuelven mis sentidos
y los diseminan en esta inmensa latitud
llenando los días de amables colores.

Soy uno mismo como el agua del mar
que durante milenios se ha venido
agigantando en las olas y llevando su fuerza
hacia un sólo horizonte en que se borra
tras la línea azul del infinito.

Mi nostalgia volcada en los puertos
es un vuelo semejante que viene de los siglos
una bruma errante que confunde mi vida
con la tierra y el mar.

Hay un heroísmo

¡Oh hambre y sed de mi espíritu!
Yo quisiera
hundirme en lo proscripto, en lo sonámbulo,
herir lo consumado y lo sabido
y a pesar de mi cuerpo
fustigar en la lluvia y el silencio
los tejidos primarios que envuelven sexo y sueño.

Hablo de algo profundo,
de corrientes humanas, de razas y vorágines;
hablo del más atrás, sin mi palabra,
con mi piel salvaje que arrasa los tiempos
cual un soplo ávido de armas y evasiones,
ávido de su materia inasible y eterna
que se borra entre las redes grises del infinito.

Somos una fuerza que hostiga en el hombre
y fuera del hombre,
en la tierra y fuera de la tierra,
como un torrente de implacables aguas,
y hay un heroísmo puro y sombrío en todo esto,
hay un heroísmo que fugazmente atormenta y triunfa
en la soledad vertebral
que blande la nostalgia contra el mundo.

Hay un heroísmo, sí,
más adentro de los pasos que damos,
más adentro
de la materia que descendemos
con pertinacia adolescente y bella.

Hay un heroísmo que radica incólume
hacia el delirio palpitante de lo que somos,
hacia lo nuestro que arrebatan los días
con su estéril corriente sin clamor.

Hay un heroísmo, una inquietud magnífica,
una dura batalla contra el tiempo,
un íntimo raudal del corazón
que alimenta en el hombre la esperanza,
con armas tan ceñidas a la vida
como la muerte a su invisible lucha.

Cosas del sembrador

Tras el ansia de la corteza
infinita como es este aire confuso
en las alas que siempre se han abierto
hacia el fondo y ahora van
con raíces errantes
uniendo el aliento con el punto imposible
de la intensidad, fuga solamente del sembrador.

Ahora, la sed se hace nube
borrasca entre pecho y espalda
porque la tierra es la referencia
para ascender y ahora cuánta será la distancia
desde la raíz confiada a la hondura
y la flor tempestuosa del universo
anterior a prodigios que benefician al surco;
cuánta será entre el pie en el fango
y el secreto deseo del sol
para madurar la siembra;
cuánta entre el color del alma
y el crepúsculo;
cuánta para llegar hasta donde sólo puede irse
saliendo de lo más profundo del sembrador.

Una vez que ansía el espacio
el sembrador sólo contempla la creciente
de la lluvia, la promesa deseada por sus manos,
la altísima semilla del agua.

El trueno es familiar para él
como el surco que midieron sus ojos
y cuando estalla el tiempo sobre su cabeza
cree que él mismo lo ha desatado
entre las nubes
con el poder del sueño.

Cosas del sembrador.

Sombra volcánica

Llegamos con los amigos del valle
de Anáhuac a las cercanías
del Popocatépetl, majestuoso en la muerte
donde aún su corazón sucede.

Nunca había estado tan cerca
del rugido apagado de un volcán
ni había visto cenizas todavía ardientes
saliendo de tan recóndita cavidad
como el deseo de amar.

Yo, que había hablado de mi sombra
volcánica sin haber visto las huellas de la lava
resbalando por la cresta caliente
del Popocatépetl y dejando herencias
de destrucción y fertilidad
para los impenitentes pobladores
de sus famosas laderas anticipadas al fruto.

Yo, que había hablado de profundidades
en que las llamas siempre tenían el secreto
de la creación, Dios en el fuego invisible
del caos, el milagro de la primera rosa.

No había estado tan cerca del testimonio
de la tierra ante el fuego huido
del pasado y el hombre allí
conviviendo con la muerte
a pesar de todas las cicatrices del espíritu.

Y ahora compruebo que no hay otra
certidumbre sino esa de la sombra volcánica
que desde adentro de la tierra
reparte los enigmas de la vida y la muerte.

Júbilo en el llanto

He escrito estos poemas con júbilo
terrenal, a pesar de mi llanto.

Bajo este cielo gris de México
atado a la melancolía como una fiera
en cautiverio... rasgando los hierros
de la improbable jaula del exilio.

He escrito estos poemas con el vigor
del espíritu enraizado en el viento
del trópico traído hasta aquí
en los íntimos raudales de mi voz
conjuro de mi sangre mestiza
tan jubilosa de ser ella misma
y de expandirse desde abajo
ella misma y de crecer ella misma
hacia arriba hasta el cielo
de la soledad de ella misma.

Ahora aquí mis raíces se entienden
con la Piedra del Sol cada mañana
de mi nostalgia en este cerco gris
que llega hasta el infinito todos los domingos
de mi exilio en un rito sin otra salida
que la búsqueda de mí mismo
en el tiempo esculpido de los méxica.

Por eso puedo escribir con júbilo
a pesar de mi llanto, calladamente,
andando por las interminables calles
de la ciudad, con el silencio en mis costados
a pesar de mi llanto, a pesar de todo.

INDICE

Profundidades ____ 5
Conjunciones Humanas ____ 7
Tiniebla ____ 9
Estío ____ 10
Espíritu del clima ____ 11
Mística de la tierra ____ 13
Insistencia Vital ____ 14
Las fuerzas oscuras ____ 16
Elementos de la tierra ____ 18
Forasteros ____ 20
Meditación y sueño ____ 22
Afirmaciones del espíritu ____ 24
Consistencia del hombre ____ 26
Dialéctica de la muerte ____ 28
Tierra en las venas ____ 29
La sembradora ____ 31
El varón ____ 32
Estaciones y sueños ____ 33
Realidad de la sombra ____ 35
Corrientes humanas ____ 37
El alma ____ 39
El que viene ____ 40
Juntando elementos ____ 41
El cuento ____ 43
Poesía ____ 45
Esperan al sembrador ____ 47
Estigmas ____ 49
Realidades Espirituales ____ 50
¿Quién soy? ____ 52
Escenas espirituales ____ 55
Los costados sombríos ____ 57
Espíritu de la lluvia ____ 58
Cómo sucedo ____ 60
Palabra de buzo ____ 62
Nostalgia en los orígenes ____ 64
Hay un heroísmo ____ 65
Cosas del sembrador ____ 67
Sombra volcánica ____ 69
Júbilo en el llanto ____ 71

Colección Ateneo de Los Teques

Eduardo Ramírez
Presidente del Ateneo de Los Teques

Emilcen Rivero
Director

Daniuska González
Coordinadora

Asesores Literarios
Armando Hernández
César Gedler
Carlos Mezones

Relaciones Públicas
Pedro Emilio Sánchez

Este libro se terminó de Imprimir en el
mes de Marzo de 1998 en los talleres
de Editora Tercer Milenium, c.a.,
Los Teques, Estado Miranda,
Venezuela.
con una edición de 1.000 ejemplares.

- El que fue, es y será (1960)
- Diez sonetos alrededor del mundo (1970)
- Dimensión Distinta (1983)
- Poesía Édita (obra recopilada, 1992)
- Nueva Dimensión (1996)

El autor mantiene ocho poemarios inéditos:

- Éxtasis y Abundancias (poemas de 1954-1959)
- Los diálogos del pan y la tristeza (poemas de 1957)
- Poemas que fueron días (poemas de 1956-1961)
- Las Protestas y los Sueños (poemas de 1970)
- Espiriturgia
- Otra Dimensión (sonetos, tercera entrega)
- Décimas de la vida andada
- La piel del viento

Pertenece a la Asociación de Escritores de Venezuela. Actualmente dirige la revista Equinoccio del Círculo de Escritores de Venezuela.

Poesía de elocuencia, de telúrico encuentro con la naturaleza y el hombre, son los versos de García Mackle en **El Sembrador Jubiloso**. La tierra con su fuerza de lava y de ríos, las aguas de la infinita primavera americana, la ancestral corriente que fluye plena, se amparan en la evocación del poeta, en su mirada que desgasta cada palabra desde el asombro vital por cuanto lo rodea.

Raíz humana prendida a la tierra; los frutos, las aves que anuncian sus melodías en los follajes, las montañas atadas al cielo, son el corazón, la alegría y el despertar existencial en el canto, ese donde la naturaleza es hombre y el ser humano piedra, animal, tempestad, afluente.

Los poemas de **El Sembrador Jubiloso**, escritos en México cuando el poeta aún no alcanzaba los treinta años, dicen de una voz a la que la tierra subyuga, aliento que es fugitivo de los abismos reverenciados por la más antigua religión: la de la naturaleza. La luna, el viento, la lluvia, el trueno potente que se adoraban en los orígenes, se juntan en el presente del poeta y cautivan su palabra, retornándola a "los primarios fuegos de la tierra, a las profundas olas de la vida".

Pero este encuentro con la plenitud vital lleva también sobre sí la muerte. Una muerte que se asume como ciclo, presencia bajo otro cuerpo, que se funde en un estado diferente, que, sin embargo, permite la permanencia. Para el poeta, el hombre cuando muere no hace más que reintegrarse a lo primigenio, a lo que le dio la inicial en la luz, o sea la tierra. Por eso continúa vivo, por eso es *sembrador*, en la claridad de la vida, en la aparente sombra de la muerte.

Y ese sembrador en la vida y en la muerte deja una semilla: su poesía. En García Mackle la palabra crea la esperanza de la trascendencia, no sólo ante los hombres sino frente a la naturaleza; es como inventarle que ella revive después de los inviernos por la gracia de nombrarla en imágenes, de adornarla con lo invisible que le descubren las metáforas.

Tierra que lo recibió en su nacimiento y que lo velará en sus huesos, el hombre regresando a ella, la Madre. Poesía como ofrenda del hijo, canto memorioso y sagrado, su reverencia. Impulsos vitales, a veces de silencio, recorren el poemario, lo atribulan de las angustias que siempre perseguirán al hombre frente al cosmos inalcanzable, que lo sabe suyo y ajeno.

El poeta, sembrador jubiloso, va abandonando en su palabra el sonido de esa tierra que lo sobrepasa, la estación de los días que lo acercan al vientre de su oscuridad ignorada. Olores, aires, el tiempo de la vida y de la muerte, se aprisionan en los versos de largo palpitar, de febriles emociones, para luego huir, volver a ser elementos mágicos de esa tierra cantada, que los transformará otra vez, sucesivamente, multiplicados, en semilla, en "materia recíproca de dioses y sentidos, de inmediatos humanos y éxtasis divinos". Para que permanezcan hechos eternamente de poesía.

Daniuska González
Poeta